

tenia tiempo para morir; y para mayor barbarie, fusilaron primero al hijo, luego al padre. Al tiempo de marcharse nos pidieron siete mil reales, y me dejaron pena de la vida si les enterraba, para que les viesan las columnas nacionales; pero yo no pudiendo tolerar tal carnicería que horrorizaba, les enterré junto á la carretera. Al día siguiente se presentó en este Peinado con veinticuatro prisioneros mas de los mismos, á quien este no les quitó la vida y llevó á Cantavieja; y por este acto, de cuatro facciosos que las tropas de la Reina iban á fusilar en el mismo punto, libraron á uno por ser de la facción de Peinado. Es cuanto puedo decir á V. y espero conteste usted á su seguro servidor.—J. S.

## CAPITULO II

### Las Constituyentes de 1836.

La democracia castrense.—Las facciones de la Mancha, Asturias y Galicia.—Expedición de Gomez.—Invade Asturias y Galicia.—Invasión de Castilla.—Catástrofe de Jadraque.—Reunión de Cabrera y de Gomez.—Ataque y defensa de Requena.—Acción de Villarobledo.—Rodil en campaña.—Invade Gomez á Andalucía.—Su entrada en Córdoba.—Ataque y toma de Almadén.—Pánico é indignación.—Separación de Cabrera y de Gomez.—Vuelve Gomez á Andalucía.—Invasión de Extremadura.—Exoneración de Rodil.—Gomez y Narvaez.—Marcha y movimientos de Narvaez.—Acción de Majaceite.—Insurrección militar de Cabra.

Achaque inherente de nuestras guerras civiles en el presente siglo, ha sido el de exagerar, convirtiéndolo en principio de desorden, de anarquía y de licencia, el sentimiento de amor patrio que en 1808 levantó en masa el pueblo español en defensa de sus hogares y de la honra nacional. La espontaneidad del movimiento que caracterizó aquella época memorable, en la que el elemento oficial se anuló, dió lugar á que á impulso del patriotismo saliesen de las filas del pueblo los generales, los magistrados y los hombres públicos, que reivindicaron la dignidad del nombre español. El espíritu democrático y fraternal que el cristianismo tan profundamente grabó en los naturales de este suelo, tuvo conciencia de sí mismo, cuando vió, merced á la espontaneidad del esfuerzo colectivo, que podía bastarse á sí mismo. Abandonada la nación y lo que es mas vendida por sus gobernantes, cuando viéronse consumadas las abdicaciones de Carlos IV y Fernando VII en favor de Napoleon, surgieron del seno patrio las juntas primero, la central despues, y por último, las Córtes de 1810.

La pauta estaba dada; de la colectividad hija del concurso individual de los ciudadanos, brotó el partido liberal, y su opositor el partido servil apeló á idénticos medios. Las sociedades secretas del realismo, el *Angel exterminador* y sus análogas, los voluntarios realistas, las tenebrosas organizaciones del realismo en 1824 y del carlismo en 1835, todas ellas fueron reflejo de lo que hay de independiente, de personal y de entusiasta en el carácter de los españoles, y esto basta para explicar el enjambre de partidarios que en la guerra de la Independencia, en la civil de 1822 y 23 y últimamente en la estallada á la muerte de Fernando VII, empuñaron las armas y se hicieron guerrilleros, defensores independientes de una causa en pro de la que salieron á campaña sin cuidarse de si había ó no un gobierno cuyas órdenes ó inspiraciones debiesen obedecer.

La volcánica erupción del carlismo en armas, armó como defensores de la causa del antiguo régimen, además de los cabecillas catalanes y aragoneses cuyos nombres son familiares de nuestros lectores, la numerosa colectividad de partidarios gallegos, extremeños, castellanos y manchegos que formaron la nomenclatura de los Pecos, Doroteos, Jaras, Las Diosas, Rebengas, Paulinos, Zamarra, Chaleco, El Rubio, El Presentado, Tercero, Cipriano, Corulo, Herencia, Palillos, Orejita, Parra, El Arcipreste, El Apañado, Mata la Huba, Escarpiro, Sanchez, Romo y otros infinitos, casi todos ellos *alias*, y cuyos motes, segun muy oportunamente observa el señor Pirala, sostenían la guerra y depredaciones que en cierto modo paliaban lo que tenían de odiosa, la popularidad de los que los llevaban.

La animación y la confianza con que, como en su lugar dejamos consignado, acogió el partido liberal en 1835 el advenimiento al poder de Mendizabal, hombre cuyo prestigio tan pronto decayó por efecto de sus desacertadas medidas económicas, acabó por desaparecer, y aquel estadista, mas activo y bien intencionado que dotado de acierto en el difícil arte de gobernar, contribuyó á que la favorable reacción que habia experimentado el espíritu público, á su advenimiento al poder, degenerase, cambiándose en desconfianza y en funestas divisiones entre los mismos liberales á la formación del gabinete Isturiz y mucho mas todavía de resultados del motin soldadesco de la Granja y del extemporáneo restablecimiento de la Constitución del año 12.

Tales causas fueron las que principalmente contribuyeron á dar aliento á los carlistas y á fomentar sus empresas de armamento en las provincias de Castilla la Nueva, las que no tardaron, principalmente las de Ciudad-Real, Toledo y Serranía de Cuenca, en verse inundadas de facciones que casi libremente recorrian su territorio.

El gabinete Calatrava con dificultad podia atender á las necesidades de los ejércitos del Norte y de Aragon; y carecia de fuerzas en suficiente número para ocupar militarmente el territorio manchego, única manera de haber logrado pacificarlo. A manera de suplemento á los refuerzos militares de que no podia disponer, nombró el gobierno para el mando de la provincia de Toledo al coronel don Jorge Flinter, dotado de actividad y extraordinaria energía.

Pero no bastaba la buena voluntad de un servidor fiel para suplir la falta de medios adecuados al remedio de un mal que tocaba á sus últimos extremos.

La vagancia de las partidas que asolaban la Mancha habia aniquilado el tráfico interior, dificultando el tránsito de las recuas y de los carros del país, haciendo muy difícil el paso de los correos y exponiendo á los viajeros y transeuntes á verse detenidos por las facciones y á ser conducidos á los montes como rehenes destinados á valer crecidos rescates. De sus resultados las diligencias de Madrid á Andalucía interrumpieron su servicio, llegando á ser tan triste la situación de los labradores y ganaderos de la Mancha, que si no se avenían á pagar tributo á las facciones veían quemadas sus mieses y degollados sus ganados.

Aprovechándose las partidas de la circunstancia de operar en territorio llano, formaron una numerosa caballería, merced á la cual pudieron dominar los pueblos y refugiarse en los montes cuando se veían perseguidas.

Aunque solo habian llegado á organizar los carlistas levantamientos parciales en Extremadura, corrianse fácilmente á las jurisdicciones de Badajoz y de Cáceres, facilitándose la vecindad de sus guaridas en la Mancha el dar golpes de mano de la especie del que ejecutaron incendiando y saqueando el pueblo de Castellblanco.

Nunca cesaron los conatos que el carlismo empleó para sistematizar su insurrección en las provincias gallegas, hasta que una repetida experiencia le hubo demostrado la inutilidad de sus esfuerzos. A mediados de 1836 eran todavía numerosas en Galicia las partidas montadas de diez ó doce hombres, partidas que, una vez llenado el objeto, ejecutando los golpes que se habian propuesto y que las mas veces consistían en saqueos y en sorpresas de nacionales, se apresuraban los que las componían á retirarse á sus casas, y como vestían de paisano, solían burlar la vigilancia de las columnas encargadas de perseguirlos.

Lopez, jefe superior de los carlistas en aquellas provincias, declaró en estado de bloqueo á todos los puntos fortificados ocupados por tropas de la Reina, y se atrevió á mas, consiguiendo recoger la mayor parte de los individuos de la quinta de Mendizabal, correspondiente á las provincias de Lugo y la Coruña. El Señorín de Bullan, Sombreiro, el Evangelista y otros cabecillas recorrian las orillas del Miño y hasta llegaron á amenazar á Pontevedra.

Villaverde, al frente de alguna caballería, se atrevió á presentarse delante de Lugo; pero salieron á su encuentro tropas y nacionales, que batieron las fuerzas capitaneadas por el cabecilla, que pereció en el choque.

Tal cual acaba de ser sumariamente bosquejado era el estado de las provincias gallegas cuando penetraban en su suelo las expediciones salidas del país vascongado, con el determinado objeto de asentar en ellas la insurrección en grande escala aspirando por este medio á unir el pronunciamiento del Norte, al que tan sólidamente favorecia la causa del Pretendiente en el país vascongado y Navarra.

Llegamos á uno de los mas interesantes períodos de la guerra civil. Precursora de la expedición que don Carlos en persona debia mas tarde realizar, presentándose en el corazón de España al frente de sus batallones, salió del Real carlista en los últimos días del mes de junio la confiada al mando del brigadier don Miguel Gomez, expedición cuyo movimiento, triunfos y derrotas, fueron el absorbente asunto que preocupó los ánimos durante todo el resto de aquel año.

Destinada, como queda dicho, la referida expedición al objeto especial de insurreccionar á Asturias y Galicia, y no habiendo podido Gomez llenarlo por haber tenido constantemente que huir de las columnas que lo perseguían, se movió no obstante, de un extremo á otro de la Península con toda la libertad que hubiera podido efectuarlo, si su larga peregrinación hubiese sido una dilatada serie de triunfos.

La expedición salida de Amurrio el 26 de julio entró sucesivamente en Oviedo, en Santiago, en Leon, atravesó Castilla la Vieja, penetró en Castilla la Nueva: á pocas leguas de Madrid batió una division de la Guardia Real, á la que hizo toda entera prisionera en Jadraque; á su vez batido en Villarobledo, no le impidió su derrota marchar á Córdoba, estacionar en aquella ciudad varios dias, subir desde allí de nuevo á la Mancha y apoderarse á viva fuerza de Almadén, dirigiéndose otra vez mas á Andalucía, penetrar atravesando la Serranía de Ronda en la provincia de Cádiz, y desde aquel extremo de la Península sídole posible cruzar de nuevo todo su territorio, regresando, si no cubierto de laureles, con fama ya inseparable de su nombre, al territorio de donde habia salido.

Aunque las anteriores breves líneas reasumen con exactitud la célebre expedición, no es posible limitar á rápidas apreciaciones el episodio mas interesante de la guerra cuya historia estamos narrando, episodio en el que abundan incidentes que además del interés dramático que en sí ofrecen, dieron lugar á hechos en el órden político sobre los que no cabe guardar silencio.

Nuestros lectores deberán recordar que el general Córdoba durante su estancia en Madrid anunció al gabinete Isturiz, que el nombramiento de Villareal como general en jefe de don Carlos daría por resultado el mas inmediato, el envío de expediciones dirigidas á extender el teatro de la guerra á las provincias del interior, movido á ello el Pretendiente no solo por cálculo, sino tambien por la necesidad de no poder el reducido territorio del país vascongado, continuar sosteniendo el numeroso ejército que habia llegado á formarse.

Tan exacto fué el pronóstico de Córdoba que antes de haber regresado á Vitoria ya estaba en marcha la expedición de Gomez.

Habia sido esta dispuesta con gran reserva á fin de mejor ocultar el momento de su salida á la vigilancia de los generales de la Reina, y tan sigilosamente se dispusieron sus preparativos, que en el mismo campo carlista se ignoró la novedad, hasta el día en que Gomez se puso al frente de una division, compuesta de las siguientes fuerzas: Un peloton de granaderos, los batallones 2.º, 3.º, 4.º y 5.º de Castilla, 150 caballos y dos piezas de montaña.

Llevó la expedición por segundo jefe al marqués de Bóveda, la caballería la mandaba Villalobos, el brigadier Arroyo la infantería y el de igual graduación don Pedro del Castillo era el jefe de estado mayor. Unidos á la expedición iban tambien un intendente, dos comisarios y un auditor, así como un numeroso cuadro de oficiales y de individuos de clase (sargentos y cabos) destinados á organizar nuevos batallones en los territorios próximos á ser invadidos.

Ya dejamos dicho, pero conviene repetirlo, que el espíritu así como el tenor de las instrucciones dadas á Gomez por don Carlos y su general en jefe, le encarecían que no se distrajese del preferente objeto de extender la insurrección en Galicia.

El general Tello, que ocupaba en las merindades puntos no distantes de la dirección tomada por Gomez, sabedor del movimiento de este le salió al encuentro entre Rivero y Villasanté. Esperaba el jefe liberal refuerzos que no llegaron y experimentó además el contratiempo de faltarle municiones que envió á buscar y no recibió oportunamente, circunstancia de la que supieron aprovecharse los carlistas para obtener sobre Tello un señalado triunfo, que hizo mas deplorable aun el habersele desertado los quintos que componían parte de su fuerza, por lo que tuvo que retirarse á Espinosa de los Monteros, con pérdida de un millar de hombres, entre los que sevecientos quedaron prisioneros del enemigo.

A consecuencia de aquella desastrosa jornada se mandó formar consejo de guerra á Tello y á su jefe de estado mayor el coronel don Juan Manuel de Alva, procedimiento del que cúmplenos decir salieron ambos absueltos.

Espartero, que por ausencia de Córdoba mandaba interinamente el ejército, supo el 27 en Medina de Pomar el paso de la expedición y la derrota de Tello. Púsose *incontinenti* en marcha en persecución del enemigo, pero este, que le llevaba no poca delantera, habia entrado en Oviedo el 5, sin detenerse sin embargo en aquella ciudad que evacuó despues de haberse incautado de todos los caudales y objetos movibles de la pertenencia del Estado.

Hasta el día 4 no pudo Espartero pisar el territorio de Asturias, y caminaba en condiciones tan poco lisonjeras, que no llevaba en su caja militar fondos suficientes para pagar el *prest* de los soldados, urgencia á la que tampoco pudo proveer Córdoba que ya habia llegado á Pamplona.

El día 8 y forzando una marcha pudo Espartero alcanzar en Salas la retaguardia de Gomez, á la que hizo algunos prisioneros, pero el grueso de la facción no le esperó y siguió su rápido itinerario.

El 14 se hallaba Gomez en Castro y Fonsagrada, donde ejerció actos de severa represión dirigidos á contener desmanes de sus soldados contra el paisanaje. En aquel punto nombró al cabecilla *El Evangelista* comandante general del Valle de Buron, dejando á sus órdenes tres comandantes, diez oficiales, sargentos y cabos, mil cuatrocientos fusiles y cien monturas, cometiéndole procediese á organizar nuevos batallones. Pasó en seguida Gomez el Miño á la vista de Lugo donde se hallaba Latre con alguna tropa y nacionales, en los que no hubo de tener gran confianza cuando no se movió con objeto de haber al menos dificultado á Gomez el paso del río, á lo que convidaba el embarazo con que le obligaba á caminar el gran convoy de cien carros tirados por bueyes y cargados con el armamento y municiones de que en Oviedo se habia apoderado.

El 16 tuvo la expedición la buena suerte de topar con un destacamento que conducía caudales á la Coruña, apoderándose de ocho mil duros destinados á la tesorería de provincia.

Como Gomez habia dado descanso á sus tropas, pudo apresurar su retirada y evitar que le diese alcance Espartero.

No debieron llegar oportunamente á manos del general Manso las comunicaciones que el último le dirigía invitándolo á que acudiese con las fuerzas que pudiera reunir á los puntos de Asturias que con mayor ventaja habrían permitido embrazar la marcha de Gomez, dando así tiempo á que llegase la division que le perseguía; haciendo presumible que tales avisos no llegaron oportunamente el hecho mismo de que un hombre tan entendido como lo era el general Manso, no penetrase en Asturias sino despues de haber evacuado los carlistas la provincia cuya capital ocupó Manso, dictando en ella muy acertadas providencias, que no dejaron de ser útiles en las posteriores ocasiones en que los carlistas trataron nuevamente de apoderarse de Oviedo.

Siguiendo su precipitada marcha entraba Gomez el 18 en Santiago, donde fué recibido con estrepitoso entusiasmo por los muchos carlistas que encerraba la ciudad, y nuevamente pudo posesionarse de armamento, de dinero y de vestuario, sin por ello dejar de apresurarse á abandonar su fácil conquista, en cuanto supo que Espartero se acercaba, que Latre con alguna fuerza se hallaba á tres leguas y á dos y media el marqués de Astariz, columnas cuya reunion no habria podido menos de dar fin de la expedición gallega.